

El abuso que en nuestros días se hace del adjetivo «entrañable» me impide escribir llanamente y sin rodeos que fue entrañable el homenaje ofrecido el miércoles pasado al crítico de arte José María Moreno Galván. El desprestigiado vocablo habría podido expresar muy bien el espíritu de amistad que convocó y animó la reunión. Una reunión exenta de retórica, en la que alrededor de doscientas personas, casi todas ellas del mundo del arte y de las letras, ofrecieron, precisamente ahora, una comida a un amigo. El homenaje se celebró en el hotel Eurobuilding, en un lujoso salón llamado «de embajadas» o algo por el estilo, que, sin duda, José María Moreno Galván y muchos de los presentes habrían cambiado con gusto por una taberna madrileña. Pero que era exactamente el lugar adecuado para una reunión de este tipo, en las actuales circunstancias.

Firmaban la convocatoria del homenaje Eduardo Chillida, Eusebio Sempere, Juana Mordó, Luisa María Martínez de Velasco, M. de Oriol e Ibarra, A. Fernández Alba, José A. Fernández Ordóñez, Julio Martínez Calzón y otros. No soy un buen cronista social como lo es mi compañero (y sin embargo amigo) Alfonso Sánchez, y es fácil que cometa imperdonables olvidos al tratar de recordar a algunas de las personas de mayor significación entre las que estaban presentes en el homenaje. Mencionaré solamente a algunas de ellas. Además de los firmantes de la convocatoria vi a los escultores Pablo Serrano y Amadeo Gabino, al ceramista Arcadio Blasco, a los pintores Caballero, Viola, Farreras y Guinovart, a los escritores Lauro Olmo y Armando López Salinas, a los periodistas Josep Melià y Miguel Fernández Braso, al dibujante y escritor Máximo, al crítico literario Dámaso Santos y al numeroso grupo de los directores de las galerías de arte de Madrid y de otras ciudades, hasta un total, como he dicho, de doscientas personas. José María Ballester, también firmante de la convocatoria, leyó los telegramas de adhesión, entre los que citaré solamente los de Joan Miró y Antonio Tapies.

No hubo propiamente discursos en el acto del homenaje. No podía haberlos. Uno de los promotores del acto, el poeta Santiago Amón, dijo en representación de todas unas palabras en las que recordó brevemente la importancia que la labor de Moreno Galván en estos años ha tenido en el arte español, y se fijó sobre todo en la personalidad humana de José María.

Por muy grande que haya sido la trascendencia de su obra de crítico, como muy bien sabe el lector de TRIUNFO y tendremos ocasión de recordar en seguida, es precisamente este lado humano el que más llama la atención en la personalidad de Moreno Galván. Decir humano no es decir hoy mucho. Otra vez nos encontramos aquí con la dolorosa realidad de la corrupción del lenguaje que abarata y malgasta el contenido de las palabras. Pero el adjetivo habría podido describir muy bien la cálida y acogedora personalidad de este hombre. Andaluz, de la

silla de pista

HOMENAJE A MORENO GALVÁN

Puebla de Cazalla, en la provincia de Sevilla, José María es hombre profundamente enraizado en el espíritu de su tierra. Aunque reside desde siempre en Madrid no ha perdido un ápice de su original acento del campo sevillano. Es un gran aficionado al flamenco desde antes de que entrara en los circuitos de la moda, y su hermano, el pintor Francisco Moreno Galván, es autor de muchas de las letras de los cantos que hoy corren, particularmente de los del repertorio del cantaor José Menese.

Quien haya visto alguna vez a Moreno Galván recuerda su poblada barba, que ha llegado a ser plúrima en algún momento de su vida; sus ojos, inteligentes y un poco tristes, detrás de sus gafas de concha negra; su inevitable chaqueta de pana y su «torpe aliño indumentario» machadiano. Su salud, cuando va a cumplir los cincuenta años de edad, está un si es no es quebrantada. Padece una tensión altísima que le obliga a guardar un incómodo régimen alimenticio, especialmente incómodo en un hombre de gran vitalidad, a cuya transgresión («¡que no se entere Carola!») he asistido yo alguna vez en bares y tabernas de Madrid. Su salud ha sufrido algunas crisis de gravedad, la última de ellas estando en la cárcel de Carabanchel, a la que le llevaron ciertos arrebatos de su actitud moral y cívica. Su generosidad no conoce límites. Nunca nadie, conocido o desconocido, que-

dó sin techo o sin plato si acertó a pasar por su casa. No hace mucho tiempo, Moreno Galván compró en el pueblo de Palacios de la Sierra, provincia de Burgos, en la carretera que va de Salas de los Infantes a Quintanar, un viejo molino solitario que ha arreglado para hacerlo habitable. Ha sido este molino la casa de todos sus amigos. Allí pasó Manolo Millares, este verano, sus últimos días antes de ser trasladado a Madrid, donde murió. En un rasgo de generosidad, y también de ingenuidad, José María escribió un día un artículo en TRIUNFO, en el cual convidaba a todos los lectores de la revista a pasar un fin de semana en el molino. Afortunadamente los lectores de TRIUNFO son comidos y el molino y Carola se han librado de una invasión que, por otra parte y sin ninguna duda, habría sido muy bien recibida. La personalidad de Moreno Galván se completa todavía con el hecho de tener una mujer que a su vez ocupa un lugar importante en el mundo del arte de nuestro tiempo. Carola Torres dirige un taller de artesanía de tapices. Los lectores recordarán, por algunas críticas publicadas en el semanario, sus exposiciones de tapices y alfombras realizados con diseños de Saura, Millares, Tapies, Caballero y otros grandes pintores de nuestro tiempo.

Y esto nos lleva ya a recordar lo mucho que el arte español actual debe a José María Moreno Galván. Su labor crítica en esta revista y en otras publicaciones y sus libros, entre los que deben mencionarse «Autocrítica del arte», «Introducción a la pintura española» y «La última vanguardia», han tenido una decisiva influencia en el desarrollo del arte español. Moreno Galván fue el crítico del grupo El Paso, de Madrid, contemporáneo del Dau al Set, de Barcelona, y de toda una generación de pintores y escultores cuya obra había de rebasar las fronteras nacionales y ocupar un primerísimo puesto en el arte internacional. El «establishment», tan parco en el apoyo a otros aspectos de la vida cultural, alentó en cambio el movimiento plástico de esta época. El nombre del crítico José María Moreno Galván está inseparablemente unido a este movimiento, y la presencia de muchos de sus protagonistas en el homenaje del miércoles así lo corroboraba. Su nombre va unido, por tanto, a un empeño que ha sido en estos años la única manifestación cultural española que ha alcanzado en bloque una auténtica resonancia mundial. Moreno Galván es miembro de la Asociación Internacional de Críticos de

Arte y amigo personal de todos los grandes artistas de nuestro tiempo.

Termino aquí esta nota del homenaje del otro día no sin antes transcribir las muy breves palabras que pronunció José María en contestación a Santiago Amón. Sin eludir la cuestión fundamental que estaba en el origen del homenaje, afirmó: «Os agradezco esta especie de certificado de buena conducta que me dais con este homenaje. Y quisiera que no fuera un certificado de buena conducta como crítico de arte, sino un certificado de buena conducta civil». ■

LUIS CARANDELL.

